



A la venta desde el 29 de septiembre de 2020



Frankenstein

MARY SHELLEY

Ilustrado por FERNANDO VICENTE

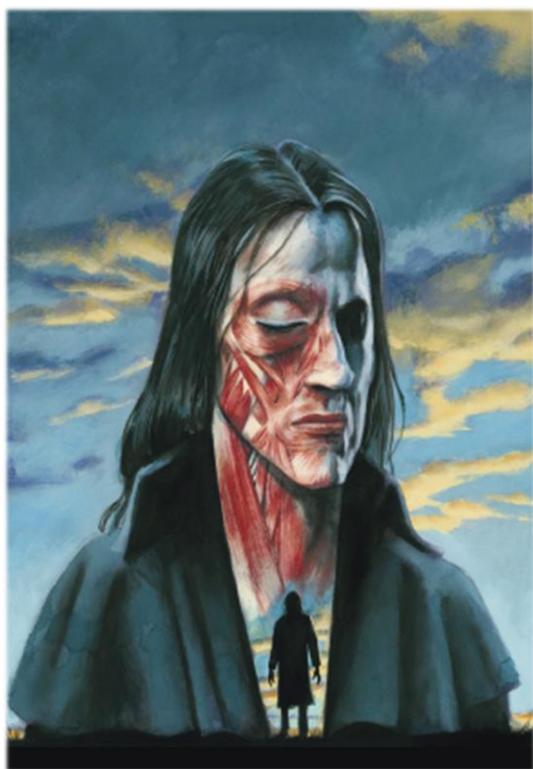
El clásico universal de Mary Shelley, de la mano de uno de los ilustradores más reputados del país, Fernando Vicente.

El verano de 1816, cinco personas, entre ellas los famosos poetas Lord Byron y Percy B. Shelley, se confinaron en una villa próxima al lago Lemán y se entregaron a un juego literario consistente en idear el cuento más espantoso que se pudiera imaginar. Aquella noche **Mary Shelley**, con solo diecinueve años, concibió una historia aterradora y maravillosa, cuyo objetivo radicaba en «que el lector tuviera pavor a mirar a su alrededor, que le helara la sangre y que acelerara los latidos de su corazón»: Frankenstein.

Fernando Vicente, pintor e ilustrador de extensa trayectoria ofrece una nueva mirada al fascinante universo que revela la novela, un clásico de la literatura universal, iniciadora del género de terror e icono del romanticismo. Una edición muy cuidada con el sello inconfundible del ilustrador. Con una introducción del traductor y escritor **José C. Vales**.



Frankenstein es una de esas novelas que no necesita presentación. Su fama trasciende lo literario y ha pasado a formar **parte de la cultura popular**, aunque probablemente no son muchos los que puedan decir que han leído la novela original de Mary Shelley. Este relato, escrito en 1818, entre lo histórico, la novela de terror o la de ciencia ficción, está considerada como **una de las más significativas del siglo XIX, además de la creadora de uno de los símbolos del terror universal**: el monstruo creado por el doctor Frankenstein. Con esta creación dio comienzo lo que se podría llamar la **protociencia-ficción**, en la que luego destacarían autores de la talla de Julio Verne, Edgar Allan Poe o H.G.Wells, entre otros.



Rodeada de **misterio** y de ciertos toques de **terror**, jugando con lo **científico** y con el horror más clásico creado por monstruos, castillos encantados o leyendas oscuras, *Frankenstein* es una obra única. Porque hay algo más detrás: *Frankenstein* nos habla del **deseo humano de conocimiento, de poner a prueba los límites de la ciencia y jugar a ser Dios**, algo muy de su época, impregnada de una **enorme curiosidad científica** y arrastrada por el **ansia por la experimentación**. Es una obra inserta claramente en la **corriente romántica, que aborda temas capitales, como el bien y el mal, la ética del progreso, la venganza, los prejuicios...**

El **éxito de *Frankenstein*** fue prácticamente inmediato, por su contenido adquirió el rango de mito moderno, y naturalmente se convirtió en un **fenómeno cultural**. La novela se publicó en París enseguida, en 1821, en una traducción al francés, y la primera adaptación al teatro se estrenó en

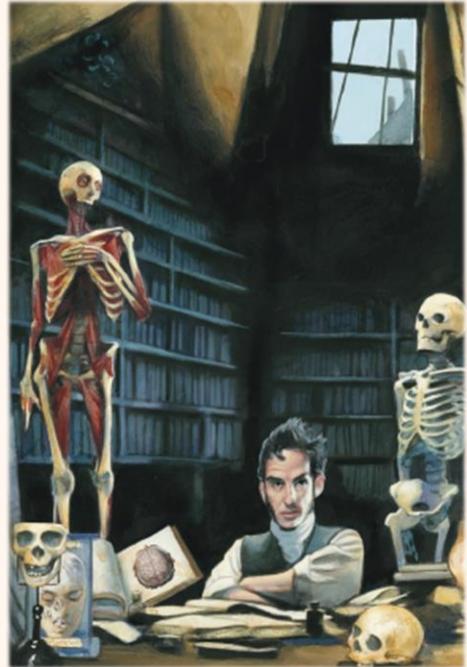
Londres en 1823. A lo largo de dos siglos, se han publicado cientos de resúmenes y adaptaciones, muy pocas fieles a la edición original de 1816. También ha conocido infinidad de adaptaciones al cine, la más célebre la película *Frankenstein, de Mary Shelley* (1994), de Kenneth Branagh. En general, las diferentes adaptaciones han dado más valor a los elementos góticos o fantásticos que no aparecen de ninguna forma en la novela de Mary Shelley

Esta edición ilustrada por uno de nuestros grandes de la ilustración, Fernando Vicente, **es la transcripción del borrador original de Mary Shelley, el *Frankenstein* tal y como fue concebido por su autora**, en dos volúmenes, y con la disposición de capítulos primigenia. La edición de la Bodleian Library ofrece la **oportunidad de leer *Frankenstein* tal y como fue redactado por vez primera**, en treinta y tres capítulos (en vez de los veintitrés en que fue dividido en la primera edición de 1818) y de **descubrir nuevos detalles** relevantes de la historia que quedaban enterrados en mitad de un capítulo por culpa de divisiones arbitrarias de los sucesivos editores e impresores.

EL MITO DE FRANKENSTEIN

José C. Vales (extracto de la Introducción)

En términos generales, un mito es una narración simbólica que sirve para expresar verdades esenciales o que se tienen por tales. El mito que propone Mary Shelley en su *Frankenstein* advierte sobre los peligros del orgullo y la soberbia. Aquellos que pretendan ir más allá de la Naturaleza —parece advertir la autora— perecerán víctimas de su propia vanidad. La figura mítica de Prometeo, que aparece en el subtítulo de la novela, representa la osadía humana en su afán por desvelar el conocimiento de los dioses: su atrevimiento es también su condena. De la misma raigambre es el mito del Edén, en el que Adán y Eva son tentados para comer el fruto del árbol del Conocimiento o de la Sabiduría. (El monstruo aprende ese mito a través de Milton y su *Paraíso perdido*.)



Estos dos mitos, como el moderno de *Frankenstein*, inciden en los peligros de la ambición y el orgullo humanos. El desesperado protagonista lo deja bien claro al principio de su relato: «Aprende de mí, si no por mis consejos, al menos por mi ejemplo, cuán peligrosa es la adquisición de conocimiento y cuánto más feliz es el hombre que acepta su posición en el mundo, que aquel que aspira a ser más de lo que su naturaleza le permitirá jamás». La búsqueda del conocimiento a través del orgullo sólo acarrea dolor y sufrimiento, y es un viaje espantoso a través de lugares desolados y gélidos. El hombre que sobrepasa los límites de su humanidad, elevándose sobre su historia y sus capacidades, y pretende emular a Dios, ha de soportar las trágicas consecuencias de sus actos. El monstruo se concibe también como la representación de todas las voluntades y proyectos humanos. El monstruo es el resultado de la ciencia que se utiliza mal, pero también de todos los actos humanos que pretenden ir más allá de sus posibilidades y «de lo que la Naturaleza le permite».

Pero, desde luego, no se puede esperar que el *Frankenstein* romántico presente sólo esta faceta conservadora frente a los conocimientos científicos. En gran medida, *Frankenstein* es una desoladora representación del universo religioso judeocristiano. Elaborado con el patrón del Génesis, Mary Shelley traza un esquema en el que Victor ejerce de Dios, dando forma y aliento a un ser deforme, desvalido, ignorante y tambaleante: su «criatura». Y si Victor Frankenstein es Dios, el «monstruo» es el hombre, desdichado y solo, abandonado en un mundo inhóspito y cruel... La idea del hombre abandonado por Dios forma parte de la escenografía habitual del movimiento romántico; ahora bien, la idea de un Dios apesadumbrado y aterrorizado ante su propia creación es sencillamente revolucionaria, y sólo Byron o los románticos más exaltados serán capaces de presentar a un Dios «culpable» por su creación. La sola idea de que semejante estructura mítica —moderna, romántica y extraordinariamente atrevida— cupiera en la mente de una joven de diecisiete años casi resulta tan estremecedora como la visión de la espantosa criatura a la que dio vida literaria.



DE LA INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 1831, DE MARY W. SHELLEY

(...) Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley, a las cuales yo asistía, pero casi como una oyente silenciosa. Durante una de esas conversaciones se habló de distintas doctrinas filosóficas y, entre otras, de la naturaleza del principio de la vida, y se discutió si habría alguna posibilidad de que alguna vez fuera descubierto y difundido. Ellos hablaron de los experimentos del doctor Darwin (no hablo de lo que el doctor hizo realmente, ni de lo que se dice que hizo, sino, más bien, de lo que en aquel entonces se decía que había hecho); al parecer había conservado un hilo de masa en un bote de cristal, hasta que, por algún extraordinario proceso, aquello comenzó a agitarse con un movimiento autónomo. Después de todo, ¿no era así como se generaba la vida? Quizá un cadáver podría reanimarse; el galvanismo había dado pruebas de cosas semejantes: quizá se podrían manufacturar las partes componentes de una criatura, y después podrían reunirse y dotarlas del calor vital.

La noche fue adelantando con aquella conversación, e incluso habíamos dejado atrás la hora de las brujas antes de que nos retiráramos a descansar. Cuando dejé caer la cabeza en la almohada, no me quedé dormida, aunque no podría decir que estaba despierta. Mi imaginación, sin que nadie la llamara, se adueñó de mí y me mostró el camino, dotando las sucesivas imágenes que se despertaban en mi mente con una nitidez que iba mucho más allá de los habituales límites de una ensoñación. Vi —con los ojos cerrados, pero con una imagen mental muy clara—, vi al pálido estudiante de artes diabólicas arrodillado junto a la cosa que había logrado reunir. Vi la espantosa monstruosidad de un hombre allí tendida, y luego, mediante el funcionamiento de alguna máquina poderosa, observé que mostraba signos de vida, y se despertaba con los movimientos torpes de un ser medio vivo. Debía de ser horroroso, porque absolutamente horrorosos deberían ser todos los intentos humanos de imitar la fabulosa maquinaria del Creador del mundo. El éxito debería aterrorizar al artista, y huiría de su odiosa invención, conmocionado y aterrorizado. Esperaría que, abandonada a su suerte, la débil llanita de la vida que le había infundido se fuera apagando; que aquella cosa, que había recibido una movilidad tan imperfecta, volviera a hundirse en la materia muerta; y así podría

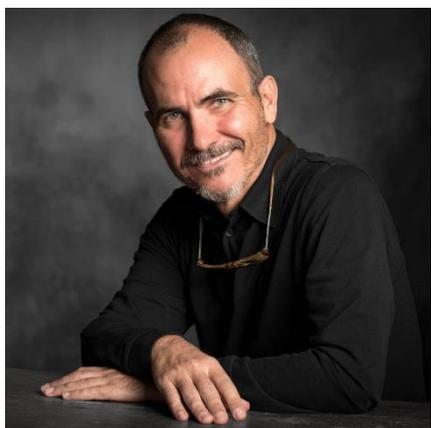
dormir con la creencia de que el silencio de la tumba sofocaría para siempre la fugaz existencia del espantoso cadáver al que él mismo había considerado como cuna de la vida. Se duerme, pero se despierta; abre los ojos, y ve aquella cosa horrorosa de pie, a su lado, abriendo las cortinas del dosel, y mirándolo con aquellos ojos inquisitivos, amarillentos y acuosos.

Abrí los míos aterrorizada. La idea se apoderó de mí de tal modo que me recorrió un escalofrío de miedo y deseé cambiar las fantasmales visiones de mi imaginación por las realidades que me rodeaban. Todo estaba en calma; la misma habitación, el oscuro parquet, los postigos cerrados, con la luz de la luna esforzándose en colarse, y el presentimiento de que el lago cristalino y los altísimos Alpes blancos estaban al otro lado. No podía librarme fácilmente de mi espantoso espectro; aún me perseguía. Debía intentar pensar en otra cosa. Pensé de nuevo en mi historia de terror..., ¡mi enojosa y desafortunada historia de terror! ¡Oh! ¡Si al menos pudiera idear alguna que aterrorizara a mis lectores como yo misma me había aterrorizado aquella noche!...

Veloz como un rayo de luz, e igual de alegre, fue la idea que cruzó mi pensamiento. «¡Ya la he encontrado!... Lo que me ha aterrorizado a mí aterrorizará a otros; y sólo necesito describir el espectro que me ha estado acosando esta noche junto a mi almohada.» Por la mañana anuncié que ya había pensado una historia. Comencé aquel día con las palabras «Fue una lúgubre noche de noviembre...», y me limité a transcribir únicamente los espantosos terrores de mi ensoñación.



SOBRE LOS AUTORES



Fernando Vicente (Madrid, 1963) es pintor e ilustrador. De formación autodidacta, empezó su andadura artística en el hervidero de la movida madrileña. Posteriormente se dedicó a la publicidad, sector en el que llegó a ser director de arte en varias agencias. En 1999 regresa al mundo de la ilustración profesional, que ya no ha vuelto a abandonar.

Entre sus colaboraciones más populares están sus ilustraciones para *El País* y en especial las del suplemento *Babelia*, que le han valido tres premios Award of Excellence de la Society for News Design. En 2019 publicó en Lunwerg “Espíritus de Nueva York”, junto con Alberto Gil.

Mary Wollstonecraft Shelley (Londres, 1797-1851) se crió en el seno de una familia acomodada e intelectual. Su madre, Mary Wollstonecraft, fue una de las primeras activistas feministas mientras que su padre, William Godwin, fue uno de los principales filósofos que teorizaron sobre el movimiento anarquista político. Tras casarse con el poeta Percy Shelley, él y Mary pasaron un tiempo en Suiza con el célebre Lord Byron y otros autores románticos, momento en el que, al parecer, le vino la inspiración para escribir la que sería su obra más conocida.

Los Shelley abandonaron Gran Bretaña en 1818 y se mudaron a Italia donde murieron dos de sus hijos. En 1822, su esposo Percy Byshe Shelley se ahogó al hundirse su velero, durante una tormenta en la Bahía de La Spezia. Un año después, Mary Shelley regresó a Inglaterra y desde entonces en adelante se dedicó a la educación de su único hijo superviviente y a su carrera como escritora profesional. La última década de su vida estuvo muy enferma y murió de un tumor cerebral a los 53 años.

Hasta la década de 1970 Mary Shelley fue principalmente reconocida por sus esfuerzos para publicar las obras de Percy Shelley y por su novela *Frankenstein*. Recientemente los historiadores han comenzado a estudiar más detalladamente su producción literaria, particularmente en sus novelas, como las históricas *Valperga* (1823) y *Perkin Warbeck* (1830), la novela apocalíptica *El último hombre* (1826) y sus últimas dos novelas, *Lodore* (1835) y *Falkner* (1937). También escribió otros trabajos menos conocidos como el libro de viajes *Caminatas en Alemania e Italia* (1844) y algunos artículos biográficos.

Los historiadores han redescubierto a Mary Shelley como una de las principales figuras del romanticismo, creadora significativa por sus logros literarios y por su importancia política como mujer y militante liberal. El dolor, la soledad y el sentimiento de pérdida por la muerte de tres hijos sumada a su propia orfandad, atraviesan todas sus obras. Un espíritu que plasmó con tan solo 18 años en 'Frankenstein'. La novela ha conocido numerosas adaptaciones en varios medios como cine, teatro e incluso cómic, siendo destacadas las películas protagonizadas en los años treinta por Boris Karloff o la versión más moderna dirigida en 1994 por Kenneth Branagh con Robert De Niro dando vida al monstruo.



Ficha técnica del libro

Frankenstein

Mary Shelley | Fernando Vicente

Lunweg Editores, 2020

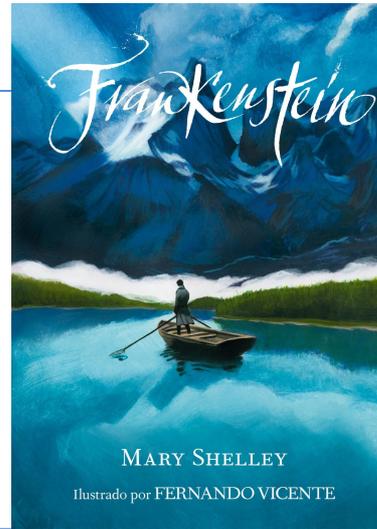
17 x 24,5 cm.

192 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 25 €

A la venta desde el 29 de septiembre de 2019



MÁS INFORMACIÓN A PRENSA, IMÁGENES Y ENTREVISTAS:

Lola Escudero - Directora de Comunicación de Lunweg

Tel.: 91 423 37 11 - 680 235 335 - lescudero@planeta.es

Facebook.com/lunweg @lunwegfoto